

La recopilación de los principales libros de José de la Colina (Santander, 1934) en el tomo *Traer a cuento. Narrativa (1959-2003)*, editado por el FCE, permite un acercamiento a la obra de uno de los mejores artífices del detalle y la concisión. Presentamos aquí una entrevista que recoge las impresiones del autor ante esta suerte de obras reunidas, y un ensayo de uno de sus más fieles lectores, el crítico literario Ignacio Trejo Fuentes.

## CONQUISTAR A LA ESCRITURA ENTREVISTA CON JOSÉ DE LA COLINA

Marcimer Fernández Chapou

Reunidos "para la difícil y evasiva posteridad", 101 cuentos de José de la Colina han sido recopilados por primera vez en un solo volumen, *Traer a cuento. Narrativa (1959-2003)* (Fondo de Cultura Económica). Admirador de Scherezada, la mítica narradora que cuenta historias para poder conservar la vida, el periodista cultural, crítico y cuentista cumple cincuenta años de vivir para contar.

Nacido en Santander en 1934, hijo de un tipógrafo republicano, De la Colina vivió tras la Guerra Civil española el exilio en Francia, Bélgica, República Dominicana y, finalmente, México, país donde se formó como hombre de letras. Crítico de cine, guionista, jefe de redacción de diversos suplementos culturales y colaborador de las revistas *Vuelvo y Plural*, entre otras, su literatura se ha nutrido del oficio periodístico. Conoció a Luis Buñuel y Octavio Paz quienes, a través del cine y de la poesía, le abrieron "otra ventana al mundo". Integrante de una generación de "subversivos", la literatura ha sido, dice, su segunda vida.

Usted es un escritor polifacético, un polígrafo...  
Yo lo que soy sobre todo es un hombre del periodismo, que no ha sido precisamente mi vocación pero sí a lo que me empujó, y que bueno, la vida. En el periodismo cultural encontré la variedad de asuntos de los que iba a escribir. Un día, por ejemplo, Mario Lavista me pidió un texto para su revista musical *Pauta*, y de ahí surgió el cuento sobre los músicos del Titanic. Yo siento que el escritor siempre narra algo. Haciendo un poco de trampa y diciendo un poco de verdad, yo digo que para mí toda la literatura es cuento. En este libro reúno una serie de cosas dispersas; quizá su mayor defecto sea su falta de unidad, pero eso puede ser más entretenido para el lector. Sobre todo, creo que a lo largo de los años he ido adquiriendo una escritura menos trabajada, más libre y suelta.

Usted afirma que es el cuento el que lo pesa a uno, y no al revés.  
A veces sucede así. El libro *Tren de historias*, que se incluye en este volumen, por ejemplo, se escribió solo. Fue una temporada larga en la que me asaltaban cuentos cortos. Muchas veces puede



Foto: Cortina. México. Comunicación. NPH. C. S. P. L.

estar uno años sin que se le ocurra nada y de repente las historias vienen en tropel. Pero también, el periodismo es lo que me ha hecho escribir muchas cosas puramente literarias. Yo dirigía el semanario cultural de *Novelidades* y a veces quedaba un hueco en la plana y se me ocurría llenarlo con algún cuento. El periodismo cultural me ha dado la libertad de escribir y me ha nutrido. Hemingway decía que el periodismo es muy bueno para el escritor, siempre que lo deje a tiempo; yo no lo he podido dejar, porque tengo profesión y he vivido siempre de escribir en los periódicos.

¿Y de qué manera han influido en su narrativa otras aficiones como el cine?  
El cine ha sido el arte que más ha impregnado a la gente en el siglo XX. Ha sido fundamental, porque nos ha duplicado el mundo. Nosotros conocemos el mundo y las distintas realidades que existen gracias al cine. Y luego nos ha aportado mitos, figuras como Gary Cooper, Humphrey Bogart; yo me enamoraba de verdad de las actrices del cine. Y uno incorpora los mitos a su vida y su obra.

¿Conoció a Luis Buñuel?  
Mucho. Tengo un libro de entrevistas con Buñuel que hice junto con Tomás

Pérez Turrent. Y lo conocí porque yo iba a trabajar en *Los olvidados*, su gran película mexicana. En ese tiempo, tendría unos 15 años, yo era una especie de trabajo soñador que tenía que buscarse un trabajo para poder vivir. Logré entrar a escribir programas de radio para la legión de madrugadores en la XEQ, y me pedían ser actor. Un día apareció en el periódico un anuncio donde se pedía actores no profesionales para trabajar en la película de Buñuel. Yo me presenté, y él me escogió para hacer *Pedrito*, pero al final hubo una especie de racismo al revés; me desdijeron por blanquito y no parecer niño mexicano. Pero yo no quería ser actor, sólo quería ganar algún dinero.

Fui un cinéfilo enloquecido al mismo tiempo que un devorador de libros —continúa—. Tengo una especie de don: puedo leer muy rápido. He leído mucho. Yo no tengo universidad, sólo tengo primaria y dos meses de pre vocacional, porque mi padre quería que fuéramos arquitectos mi hermano y yo. Mi hermano sí lo logró, pero yo lo dejé. De modo que mi universidad han sido los libros y estoy muy orgulloso de mi cultura autodidacta. Yo creo que viví muy poco cerca de la realidad siempre; fui un niño que se creía que el mundo era como en los libros. Entonces el cine, como la literatura, fue también como

una segunda vida. Las libertades imaginarias que produce el arte son las únicas libertades reales.

También conoció a Octavio Paz.  
Fuimos grandes amigos, incluso me dediqué un poema muy bello en su edición de poesía completa. Mi generación, que es también la de García Ponce, Elizondo, Juan Vicente Melo, y todos los de la Casa del Lago y la *Revista Mexicana de Literatura*, lo trató en un momento en que era la oveja negra en México. Paz era muy atacado, se decía que era anticomunista, pero para nosotros fue como una gran ventana al mundo. Cuando todavía predominaban los mitos del nacionalismo y la llamada "Cortina de Nopal", Paz representaba para nosotros no sólo un gran poeta y ensayista, sino otra manera de mirar hacia la cultura y abrirnos al mundo.

¿Su generación fue la de los "cronistas de la subversión estética", como lo afirma Adolfo Castañón?  
Bueno, nosotros aparecemos cuando todavía México vivía en esa cultura de la "Cortina de Nopal" en muchos sentidos, y sobre todo creo que hacia finales de los años 50 y durante los 60 fuimos una generación más abierta, no sólo en cuanto a la permisividad sexual, sino a cierto cosmopolitismo. Nos asfixiaba esa cultura supuestamente emanada de la Revolución y de un nacionalismo de puertas cerradas. Además fuimos rebeldes en cuanto a modos de vida; no teníamos prejuicios y teníamos una cierta libertad. Y creo que en ese sentido éramos subversivos, sin que nos sintiéramos adalides de esa postura o fuéramos unos precursores. Pero a mí no me interesaba tanto llevar eso a la literatura; nunca me gustó mucho el escritor que escribe de escritores y del medio intelectual. Yo prefería mis propias mitologías, que podían salir del cine, como Marilyn Monroe o King Kong.

¿El exilio lo marcó?  
Yo no soy de los llorones por el exilio. En primer lugar, yo ya no me siento un exiliado, o lo soy en la medida en que todo ser humano lo es. Considero que el exilio para mí fue una fortuna y una riqueza. Además yo soy un escritor mexicano. No reniego de nada, pero aquí me he formado. El hecho de ser un resultado de la Guerra Civil española, de haber pasado por Francia, Bélgica, Santo Domingo y Cuba, haber pasado por otras lenguas, me enriqueció más que si me hubiera quedado en España. Quizá hubiera sido menos de lo que soy ahora. No se me hubiera abierto el mundo.

¿Se considera un cuentista de raza?  
Más bien diría que soy casi un cuentista nato. El arte es, como decía Picasso, un montón de mentiras que sirven para decir la verdad. Y para mí la literatura es una segunda vida, otro espacio en el que uno vive. Narrar es nuestro modo de traducir el mundo. Y la escritura, a fin de cuentas, es algo que se conquista a lo largo de la vida.

Fernández Chapou. Periodista cultural.

Herederos conscientes de Scherezada, pero también de los clásicos griegos y de los europeos de los últimos siglos, José de la Colina justifica la aseveración de Octavio Paz: "Su prosa es una de las mejores de México". Yo agregaría sin ninguna timidez: es una de las mayores de cuantas hay en lengua española. Si a eso agregamos la variedad inagotable de su temática, que a veces parece sacada con efectivos pases mágicos de donde no hay nada, debemos reconocer que estamos ante un maestro del arte narrativo.

De la Colina (Santander, España, 1934) empezó a publicar ficciones siendo muy joven. Juan José Arreola editó *Cuentos para vencer a la muerte* (Los Presentes, 1955), y desde entonces, en dosis medidas y precisas, no ha dejado de practicar ese género, además del ensayo, la fábula, la viñeta, la novela breve y otros textos imposibles de clasificar. El Fondo de Cultura Económica acaba de publicar *Traer a cuento* (Narrativa 1959-2003), donde se reúne gran parte del trabajo del autor en ese lindero; es un conjunto expurgado o minuciosamente por él mismo de acuerdo con sus actuales preferencias estéticas, a los cambios que el tiempo impone al gusto, simple y llanamente, porque le dio la gana. Como sea, la magnífica edición es un acontecimiento editorial que no debe pasar inadvertido.

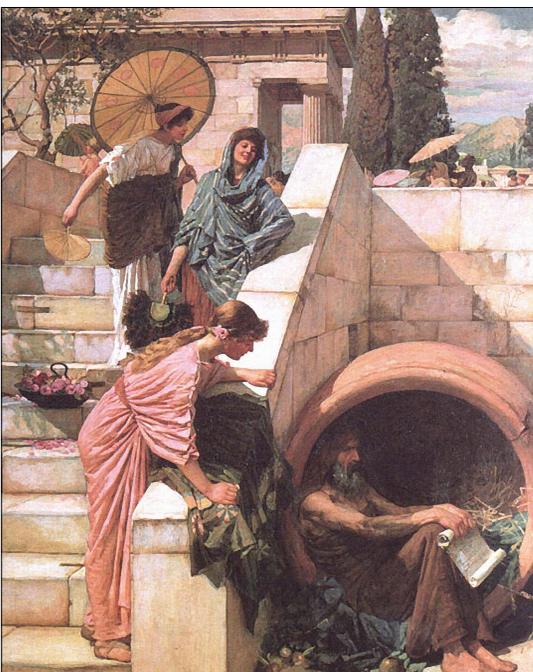
Señalé atrás la inagotable fuente temática de De la Colina, y por eso sería meterse en líos tratar de señalar sus asuntos, aunque es posible mencionar algunos: la mujer, el amor y el erotismo, por un lado; la condición humana (el desamor, la soledad, la indefensión, las traiciones, la muerte...), por otro; y entre ambos, como centro del péndulo, el humor y la ironía, presentes aun en las situaciones más trágicas. El escritor asedia esos elementos recurriendo a su indiscutible amplísima cultura, a su fervor por lo clásico, pero principalmente a su experiencia y a su imaginación incontentible y, a veces, por fortuna, delirante.

Imposible ignorar que el desarraigo, las condiciones de la guerra impuestas a su país de origen, a su familia y a él mismo; la necesidad de ir a otros países hasta arraigarse en México se mantienen vivos en su conciencia, de manera que algunos de sus cuentos dan constancia de eso así sea tangencialmente: en unos, se recuerdan aquellos tiempos aciagos, y en otros se retratan sus consecuencias desde una perspectiva lejana, cuando los protagonistas o sus sucesores están instalados en México o en el trayecto entre la tierra madre y la adoptiva. En el primer caso, pienso en "El tercero" (*Ven, caballo gris*), y en el segundo en "El toro en la cristalería" y "La madre de Floreal" (*Entonces*); en medio, en "Los Malabé" (*Ven, caballo gris*).

La experiencia del exilio, de irse, de ponerse otra piel es constante en la narrativa de José de la Colina, pero en una suerte de programa, mucho menos de obsesión: se consigna mediante guiños y pinceladas bien dosificadas en el mo-

## JOSÉ DE LA COLINA, EL CONTADOR QUE CANTA

POR IGNACIO TREJO FUENTES



"Habiendo perdido a Eurídice, la lloró largo tiempo, y su llanto fue volviéndose canciones que encantaban a todos los ciudadanos, quienes le daban monedas y le pedían encores. Luego fue a buscar a Eurídice al infierno, y allí cantó sus llantos y Plutón escuchó con placer y le dijo:

"Te devuelvo a ti esposa, pero sólo podrán los dos salir de aquí si en el camino ella te sigue y nunca te vuelves a verla, porque la perderías para siempre."

"Y echaron los dos esposos a andar, él mirando hacia delante y ella siguiendo sus pasos..."

"Mientras llegaban y a punto de llegar a la salida, recordó Orfeo aquello de que los dioses infligen desgracias a los hombres para que tengan asuntos que cantar, y sintió nostalgia de los aplausos y los honores y las riquezas que le habían logrado las elegías motivadas por la ausencia de su esposa."

"Y entonces con el corazón dolido y una sonrisa de disculpa volvió el rostro y miró a Eurídice."

De ese tenor son las referencias mitológicas de José de la Colina. Y como las transcritas, la mayor parte de las urdimbres nutridas en esos asuntos se cifre a la brevedad, a la exactitud, a escenas e imágenes expuestas como ráfagas. "Viñetas", otros; para mí son auténticos cuentos: son unimatemáticos, siguen el esquema inicio-clímax-desenlace y son de final sorpresivo. Entre estas breves obras maestras hay una que celebro cada vez que leo: "El arte de Croconas", recomiendo su lectura con todo entusiasmo y opino que debería incluirse en toda antología literaria por lo menos de habla castellana, pues concentra las máximas cualidades de su autor: inteligencia, erudición, sentido del humor y un dominio exacto del lenguaje y el arte narrativo.

Aunque no lo parezca, o no se lo haya propuesto como bandera, lo "político" y lo "social" no están ausentes en la narrativa de José de la Colina: sus aproximaciones a la Guerra Civil española, a las situaciones vividas en México, lo comprueban. En ese sentido, voy a destacar el relato "Manuscrito encontrado debajo de una piedra" (*El Espíritu Santo*). Es el monólogo de un tipo joven metido a guerrillero que sigue al viejo líder. Van por regiones innominadas aunque difíciles lanzando sus proclamas, preguntando las dulzuras que habrá de traer su revolución; y aunque al principio los pobladores de aldeas y villorrios los escuchan con cierta curiosidad, terminan echándolos a pedradas o mediante sus perros furiosos. No obstante, insisten en hacer su revolución, hasta que se descubren andrajosos, miserables y despreciados.

■ "La mitología es abrevadero infatigable del autor."

Diógenes. Atila, Pandora sirven de pretexto para que el narrador se dé vuelo tergiversando las ideas primigenias, retorciéndolas a su gusto, falsificándolas de la manera más feliz. Se trata de juegos, aunque mantengan la seriedad, así sea de otra naturaleza. Supongo que el autor se divirtió enormidades escribiendo, porque yo ríe como loco leyéndolo. Transcribo "Narciso":

"Contemplándose en la luna del armarío, se apuñaló el pecho y cayó muerto."

"Pero como el puñal del reflejo no era concreto, el Narciso del espejo permaneció vivo y en pie."

Y "Orfeo":

Diógenes. J. W. Warhol. 1982.

## 10 LA CONVERSACIÓN SILENCIOSA

El viejo líder imagina que, a esas alturas, se han levantado monumentos en su honor en muchas partes donde su heroísmo es reconocido, y aunque el joven tiene tentación de abandonarlo, continúa la lucha. Al final nos enteramos que los “revolucionarios” son sólo ellos dos. Lastimeros quijotes, mueven a la simpatía pero sobre todo a la conmiseración. ¿Cuántos como ellos andarán quijoteando por el mundo?

Lo que nunca podría estar fuera de la literatura de De la Colina es el amor y sus adláteres, erotismo y pasión. Se manifiestan de todas las maneras posibles, pero esencialmente mediante el fervor por la mujer. Niñas, jóvenes, maduras y hasta ancianas son epicentro de las más bellas historias e imágenes logradas por el escritor, parecen tocar los hilos más finos de su sensibilidad y en consecuencia los lectores asistimos a verdaderos homenajes a la divinidad de lo femenino, así sea que en muchas ocasiones sus circunstancias no tengan nada de divino. Hay un relato, entre onírico y alucinado, que ilustra lo antes dicho, “Las niñas del colegio Iberia”, donde las lindas pequeñas que rodean al protagonista narrador son de pronto señoras con toda la barba, si se admite la expresión: ¿qué ocurrió, qué mecanismos debieron ponerse a funcionar para que operara semejante transformación?, ¿en cuál etapa son más lindas, más adorables, más mujeres? La respuesta sólo pueden tenerla los lectores. Dije que el autor se aproxima al amor (y a su núcleo, la mujer), de muchas, diferentes formas. Se refiere a ellas en arrebatos de indudable poesía, pero a veces desde una suerte de rencor imprevisible (“Después de que la desnudé con la imaginación se veía de tal modo que inmediatamente, en un nuevo parpadeo, la revestí con más ropas con la imaginación”; “Como los gatos, cuando se les pasa la mano por el lomo levantan la cola para indicar dónde termina el gato, así tú, cuando te acaricio la espalda, levantas el culo para anunciar dónde empieza la puta”). Y



Foto | Cortesía Fototeca Conaculta-INBA-CNIPL.

**“ No podría entenderse la obra de José de la Colina sin el aliento amoroso, sin importar que a veces surja de la ruptura, de la pérdida, del desamor. ”**



Orfeo y Euridice. | Rubens.

en otras con incontenible desesperanza y rabia, como en “Muchacha bajo la lluvia”. Como sea, no podría entenderse la obra de José de la Colina sin el aliento amoroso, sin importar que a veces surja de la ruptura, de la pérdida, del desamor.

José de la Colina juega cuando escribe, pero también canta. Me refiero al ritmo de su prosa, sea en narrativa, en el ensayo o en el periodismo. En la primera es evidente el cuidado que el escritor pone en la cadencia de cada frase, no hay balbuceos ni tropiezos: fluyen limpias, diáfanas, precisas. Todo, creo, se debe en principio a su

atento y fino oído, pero también a su educación musical. La palabra hecha música, la música vuelta palabra. Para usar un símil acaso burdo, diré que la prosa de De la Colina está regida por un metrónomo invisible, y que cada cuerda que toca tiene la afinación precisa. Y eso se da tanto en la descripción como en los diálogos, en las frases breves y en las parrafadas de mayor aliento. Quizás con mayor riesgo, me atrevo a afirmar que la prosa de este escritor arrulla, sin permitir por eso, nunca, que quien lee duerma: al contrario, el arrullo estimula, lleva hacia adelante.

Si la música en la narrativa de José de la Colina es elemento *sine qua non*, no podemos olvidar sus vínculos con el cine. Cinéfilo de primerísimo nivel (autor de guiones, crítico consumado), logra que muchos de sus textos puedan leerse como si se estuvieran viendo. Sus imágenes son de una plasticidad más que notable. Imagínense quienes no han leído a *Pepe*: música y cine (y artes plásticas y ballet) tomados de la mano para llevarnos a historias (o figuraciones) por sí mismo seductoras: un real agasajo.

La preferencia de De la Colina por el cuento, por las piezas breves es evidente; sin embargo, en cada ejercicio arriesga con la forma, con las estructuras, con los esquemas. Tiene relatos que carecen de la puntuación ortodoxa, y otros donde de plano no aparece sino el punto final, y no obstante se siguen con absoluta naturalidad, sin trastabilleos por parte del lector por la razón nada simple de que no los hay en la escritura. Ha hecho cuentos que son dos historias paralelas impecablemente ensambladas, como “La tumba india”.

En el volumen recientemente editado por el FCE aparece “El Cisne de Umbria” (*El álbum de Lilith*), una novela corta de factura impresionante: lo que se cuenta es encantador, y cómo se cuenta es en verdad hermoso, acaso de lo mejor que ha publicado De la Colina. La narración parece no tener respiro (no lo tienen los protagonistas), no hay separación de párrafos, todo se da de un tirón (como las circunstancias de los personajes en guerra), y sin embargo quienes leemos vamos como *mecidos* y, otra vez, *arrullados*: eso es prosa poética, que no nos vengamos con tonterías. Me gustaría conocer más de cerca a José de la Colina como novelista, tiene las herramientas necesarias para hacerlo sin traicionar su especie favorita hasta ahora, el cuento (leí en el suplemento cultural de *Novedades*, dirigido por él, adelantos de una novela cuyo protagonista era un fakir: ¿qué fue de ella?). A propósito del cuento, De la Colina maneja materiales cuya esencia debe desconcertar a los especialistas: ¿son cuentos, viñetas, *divertimentos*? Por ejemplo, uno de los textos que más me gustan de *Pepe* es “La última música del Titanic” (*Tren de historias*). Del hundimiento del famoso trasatlántico se han hecho libros, documentales, películas, pero nada de lo que yo conocía es tan estremecedor y poético hasta las lágrimas como lo que escribió De la Colina, acaso porque se concentra en el heroico comportamiento de los músicos que, en medio de la debacle, continuaron tocando hasta morir. ¿Es casual que el texto reúna a la música y a la literatura y que los contemplemos como si estuviéramos viendo una película? De ningún modo, las tres otras vidas de José de la Colina están aquí: la música, el cine y la literatura.

*Traer a cuento* incluye material del libro *Muertes ejemplares* (en estos días debe de estar circulando gracias a Editorial Colibrí), llamado así mismo a ser un gran libro. El primer caso corresponde a Edgar Allan Poe(t) en sus últimos días, cuando, absolutamente ebrio, fue llevado de casilla en casilla para votar por alguien; el siguiente da cuenta (por fortuna hipotética, literariamente) del suicidio de Ernest Hemingway; y el tercero, en monólogo, de King Kong (según sé, es su película preferida, la primera, donde se inició el montaje cinematográfico).

La pulcra edición del FCE (el autor se queja de la extensión de la caja: debió ser menor) va precedida por un texto de Adolfo Castañón, muy bueno para saber quién es José de la Colina, qué ha hecho y hace, quiénes han sido y son sus amigos, etcétera.

*Traer a cuento*, insisto, es un acontecimiento editorial, literario. Su contenido muestra y demuestra que el autor es escritor *de a veras*, enseña cómo escribir, de manera que muchos mamarrachos que andan por ahí deberían, por lo menos, hacerle al avestruz.

Trejo Fuentes. Autor de *Guía de pecadoras* (UNAM, 2003).